

Siegfried Schröpf

Thomas y la Chilena

dielmann



*El cuarto caso
por Thomas*

Siegfried Schröpf

Thomas y la Chilena

© axel dielmann – verlag
Kommanditgesellschaft in Frankfurt am Main
und beim Autor, 2023
Alle Rechte vorbehalten.
www.dielmann-verlag.de

Gestaltung:

Urs van der Leyn, Basel

Satz:

Dagmar Mangold, Bad Soden im Taunus

© Cover-Fotos:

mit freundlichem Dank an ESO/Seggewiss

www.eso.org/public/germany/images/seggewiss-santiago/

Korrektorat:

Stefan Schöttler, Mainz

chilenisch-spanische Übersetzung des Romans:

Fresia F. Barrientos Morales, Santiago de Chile

ISBN 978 3 86638 387 6

eBook 978 3 86638 388 3

traducio de

Fresia Florentina Barrientos Morales

(Santiago de Chile)

axel dielmann – verlag

Kommanditgesellschaft in Frankfurt am Main



María Pilar

**1986 Würzburg
página 19**

Hilde

**1970 Puerto Varas, Chile
página 71**

Thomas

**1986 Santiago de Chile
página 163**

Norbert

**1986 Puerto Varas, Chile
página 199**

Fritz

**1986 San Pedro de Atacama, Chile
página 173**

El mono se agarró a la nuca del cura como si se hubiera tratado de un tronco de los bosques del Amazonas.

Como es obvio, el cuello del hombre de negro no tenía una corteza protectora. Enfundado en su sotana el cura transpiraba profusamente. Observó que la sangre corría por su nuca y se mezclaba con el sudor. El mono pareció percibir el dolor que sentía el cura, dejó de chillar y se acurrucó sin chistar sobre el hombro derecho del pastor.

El cura gesticuló levantando ambos brazos cuando se percató de la aproximación del ruidoso camión que asustó al mono y envolvió a ambos en una espesa nube de polvo, pero el vehículo, el único que había pasado en la última media hora, se alejó sin detenerse y siguió su camino en dirección al sur, hacia la frontera con Chile.

A pesar de que ya era bien entrada la tarde, en el cielo despejado de nubes brillaba un sol inclemente sobre la tierra árida, donde, aparte de algunos raquíticos y estériles hierbajos sólo había piedras. El fuerte viento disolvió la nube de polvo dejada por el camión y se fue desvaneciendo entre los cerros rojizos que se alzaban hacia el oriente, en dirección a Bolivia.

El conductor de su último transporte, una carreta de madera tan lenta que se desplazaba a paso de tortuga por la accidentada carretera Panamericana, ya le había advertido en Tacna:

— Yo lo dejo un poco antes de llegar a la frontera. ¡Con el mono no nos dejarán pasar a Chile! Y yo no quiero tener jaleo. —

— ¿Usted cree? — dijo el cura incrédulo.

— ¿De dónde lo sacó? — replicó el carretero.

El joven pastor había estado en Pozuo en las faldas orientales de los Andes en los altos del Amazonas visitando a un amigo que

se encontraba a poco de morir. Después del funeral se le ocurrió internarse a través de la selva contigua y se encontró con una tribu de los indígenas Amuesha, un encuentro que casi le hubiera costado la vida si no aceptaba canjear su machete por un mono, en realidad una mona. Los indígenas la apodaban Chirie. Desde entonces, el cura tuvo a su lado una fiel acompañante, pero ni un minuto de tranquilidad.

— ¡Los chilenos no nos dejarán pasar a su país con un mono! — insistió el carretero.

Entonces, a la dispareja pareja no le quedó otra solución que hacer a pie los últimos kilómetros en dirección a la frontera. Mejor dicho, el cura avanzaba con pasos cansados mientras el mono aullaba sentado en su hombro, tal vez contando historias que había vivido en la lluviosa selva tropical y que de todas maneras nadie podía entender. Ni siquiera el servidor de Dios estaba en condiciones de comprenderlas.

Poco antes de llegar al control de la frontera, se desvió del camino hacia unas rocas cercanas. Allí ató a Chirie a un peñasco, se cercioró de que no diera el sol del atardecer y se alejó de prisa. Chirie aulló enfadada o tal vez lloraba, pero el viento se llevó sus lamentos en dirección a las montañas, de modo que el pastor la dejó allí a buen recaudo.

Los policías de frontera saludaron al excursionista con su sotana cubierta de polvo respetuosamente y de inmediato le ofrecieron algo de beber al reverendo padre. Ya no vendría otro bus, hoy, señalaron. ¿Dónde le gustaría alojar a su Ilustrísima? Le podríamos ofrecer una habitación en el cuartel de los oficiales, el jefe estará ausente hoy. Los soldados señalaron hacia un edificio donde alojaba la tropa, situado a unos cincuenta metros de la garita de frontera. En el pasaporte del pastor aparecía el impronunciable nombre Friedrich Grillmeier, pero aun así los cuatro policías de frontera lo atendieron con una exagerada amabilidad como si el

representante de Dios les pudiera conseguir un pase libre directo al cielo.

A continuación, le ofrecieron una cerveza relativamente fría y una cazuela, la típica sopa chilena. Entretanto, el sol se había escondido en el horizonte. Grillmeier bostezó y anunció que quería ir a dormir. El soldado que lo condujo hasta el dormitorio del oficial se quedó en las cercanías.

— ¿Qué le pasa? ¿Qué desea? — le preguntó Grillmeier.

— Es que yo vengo del sur, de un pueblo cerca de Puerto Varas y hace seis meses que no he estado por allá. Desde entonces que no he visto a mi novia, pero aquí tengo una foto de ella. Si usted me la pudiera bendecir, a lo mejor eso podría ayudar para que ella no me engañe — dijo el muchacho.

El pastor Grillmeier bendijo la foto de la chica con amabilidad y luego se dedicó a observar la habitación. El único adorno era un calendario de la minera Codelco. La imagen de 1970 mostraba el portentoso volcán Licancabur que imponente se alza en pleno desierto de Atacama. Sin pensarlo demasiado, de modo casi instintivo y simplemente para ubicar bien las fechas, Grillmeier dio vuelta las hojas hasta el mes de marzo.

El muchacho quedó feliz con la foto de su novia bendecida entre las manos. Grillmeier esperó a que los pasos del joven uniformado se alejaran y saltó por la ventana posterior del edificio. Caminó unos pasos y ya se encontró nuevamente en Perú. La temperatura ambiente había bajado bruscamente. El cura corrió hasta los peñascos donde lo esperaba Chirie. Cuando el mono lo vio dejó de lamentarse y se alegró aún más cuando el pastor le dio algunas frutas para comer y le permitió instalarse nuevamente en su hombro. Volvieron juntos al edificio y entraron por la ventana hasta la cálida habitación. Gracias a Dios Chirie había permanecido en silencio. Grillmeier respiró profundo y por fin pudo relajarse. Lo único que quería era lavarse, sacarse el polvo de la piel y dormir.

Encendió la luz, se sacó la sotana y se aproximó al lavamanos sobre el cual colgaba un espejo. Afuera se sentía el ulular del viento que se arrastraba calmo a través del árido paisaje. El agua apenas salía del grifo. Grillmeier se quedó observando su imagen. En Tacna se había cortado la rubia cabellera y también la barba, aunque se veía polvorienta, al menos parecía bien cuidada alrededor del rostro bronceado. Se inclinó sobre el lavabo, juntó agua con las dos manos y se lavó la cara.

Un fuerte aullido lo obligó a enderezarse. El agua salpicó por todos lados. Grillmeier miró el espejo, Chirie gesticulaba furiosa y enseñaba los dientes gruñéndole a su propia imagen reflejada en el cristal. Chirie saltó y retrocedió temerosa buscando refugio en la austera habitación. No se acercó al cura, porque éste se encontraba demasiado cerca del enemigo que la observaba desde el espejo. El animal brincaba de un lado a otro, saltando desde la angosta cama de campaña al alfeizar de la ventana y de ahí a la ampolleta que se balanceaba en un cable colgando desde el cielo raso. Chirie lanzó un feroz aullido al chamuscarse la mano y entró en un pánico que la llevó a saltar descontroladamente por la habitación. Haciendo gala de audacia se acercaba al espejo, observaba a su enemigo y luego se alejaba aterrorizada a la vez que orinaba y cagaba por todos lados como si con ello pudiera espantar su terror. Con movimientos salvajes y estridentes chillidos fue ensuciando a diestra y siniestra como una forma de liberarse del hechizo que la tenía atrapada. Muros, cielo, piso, espejo y para gran pesar del pastor Grillmeier, Chirie también hizo caca sobre la cama.

Recién entonces al cura se le ocurrió apagar la luz. Chirie se tranquilizó al instante. Grillmeier puso oídos por si alguno de los policías se hubiera alertado ante el ruido infernal provocado por Chirie, pero todo estaba en absoluto silencio.

Se puso otra vez la sotana, volteó el colchón de la cama de campaña con la parte sucia hacia abajo y por fin, sintió que su

corazón se tranquilizaba. Lo mismo ocurrió con Chirie que se acurrucó junto a él y se quedó dormida. Grillmeier colocó el despertador a las cinco de la mañana y cuando éste sonó en la madrugada, el cura se apresuró a saltar por la ventana y abandonar la emporcada habitación. Dio una gran vuelta para eludir el puesto fronterizo y se dirigió a la carretera Panamericana en la esperanza de coger allí el primer camión que pasara y que lo llevara a su próxima etapa para llegar a Santiago, la capital de Chile.

El pastor Grillmeier no quiso ni imaginar lo que pensarían los policías fronterizos cuando descubrieran el estado en que quedó la habitación que había ocupado el reverendo. Estaba cagada hasta en el techo. Tal vez, los hombres pensarían que se lo había llevado el diablo.

2

Thomas Schöngest iba por el Löwenbrücke de camino a su oficina acariciado por el sol de la mañana y esquivó a una chica que corría balanceando su rubia cola de caballo de un lado al otro.

Schöngest volvió la cabeza y la quedó mirando mientras ella se alejaba a trote ágil y a buena velocidad en dirección al valle de Steinbach. Después dirigió la vista hacia la fortaleza que se alzaba imponente sobre Würzburg y el Main. El río fluía plácido bajo el puente y el gris predominante de sus aguas en los últimos días había cambiado a un tono azulado. Justo se aproximó un tranvía y casi no escuchó el sonido de su celular. Era Jean, su socio en el estudio de abogados Meyer & Schöngest:

— Thomas estoy en un taco en la A3. ¡Aquí hay más obras de construcción que calles despejadas! Imposible alcanzar a llegar a tiempo a nuestra reunión de los lunes. —

— No te preocupes — contestó Thomas, — igual pienso que no hay nada importante.

— No creas. Seguramente recuerdas el caso de *Schmid & Rüdgers* en Schweinfurt. —

— Sí claro, pero ¿qué hay de especial en él?

Jean no contestó, pero a cambio dijo: — Dime, ¿en tu época de estudiante tú tuviste una chilena? —

— ¿Qué quieres decir con eso de una chilena? —

— No te pongas tan sensible. ¿Cómo se llamaba? Algo así como María Teresa ...—

— María Pilar — contestó Thomas apenas. — ¿Pero a qué viene al caso todo esto ahora? ¡Esto fue hace más de treinta años! —

— Recibimos un interesante mandato. *Schmid & Rüdgers* quiere

abrir nuevamente una sucursal en Chile y nosotros deberíamos encargarnos de todo el papeleo —.

— Bueno, pero eso tampoco suena tan fascinante— refunfuñó Thomas.

La conexión telefónica fue empeorando. Entre el chicharreo y los zumbidos del teléfono Thomas ya no pudo oír bien la voz de Jean, pero antes de perder totalmente la comunicación alcanzó a escuchar una última frase:

— ¿Tendrías ganas de viajar a Chile por este asunto? —

Durante los diez minutos que aún le faltaban para llegar a la oficina empezó a darle vueltas en la cabeza a la pregunta que le hiciera Jean: ¿Tenía ganas? Fue por allá en 1986 cuando viajó a visitar a María Pilar. La chilena que estudiaba Psicología, la chilena de pelo largo y negro, de ojos color marrón, chispeantes y algo tímidos que casi le hizo perder la cabeza. Con su tez oscura María Pilar tenía un cierto parecido a Joan Baez, la cantante que vio y escuchó en un concierto en Ludwigsburg a comienzos de los ochenta y que lo dejó totalmente trastornado, no sólo por su música, sino sobre todo por su carisma. Pero allí también estuvieron presente otros miles de muchachos y muchachas que sintieron lo mismo que él. Joan Baez fue la primera en el concierto y recordaba sobre todo su interpretación de *Gracias a la vida*. En ese entonces no sabía una palabra de español, lo que no importó para comprender cómo Joan le agradecía, amaba y celebraba la vida. Thomas hubiera celebrado con mucho gusto la vida con ella. Mucho después supo que la canción pertenecía a una compositora chilena, Violeta Parra. El concierto fue sensacional: Gianna Nannini, Depeche Mode, que no le gustaron tanto, y luego vino el punto culminante, Elton John, que debió salir seis veces al escenario antes de que el público se resignara y lo dejara ir. Cuando Elton interpretó el famoso *Crocodile Rock* el estadio casi se vino abajo.

Mientras iba pensando en su época universitaria de los años ochenta, intentó llamar nuevamente a Jean, pero estaba *temporarily not available*.

Llegando a la oficina lo primero que hizo fue buscar en Google información sobre *Schmid y Rüdgers*, aunque por cierto sabía perfectamente de qué empresa se trataba. En 1986 cuando visitó a María Pilar en Chile y estuvo en Puerto Varas, alrededor de mil kilómetros al sur de Santiago, se vio involucrado en una historia que tuvo como punto central la muerte de un colaborador de la sucursal chilena de esa empresa. El hecho se había producido en 1970 en la noche en que se dio a conocer el triunfo de Salvador Allende como presidente de Chile. El esclarecimiento de la muerte en 1970 se esfumó en medio de la confusión que se produjo a raíz del cambio de sistema político. Sin embargo, para la familia de María Pilar este caso aún tenía gran importancia, aunque hubieran pasado ya dieciséis años, puesto que incluso él, como visita de Alemania, estuvo envuelto en la intriga. ¿O tal vez fue su propio afán de curiosidad lo que lo impulsó a involucrarse cada vez más en el centro de ese asunto?

En Internet encontró una página de la firma en la que se relata la siguiente historia:

En el año 1932, Walter Schmid oriundo de Schweinfurt — que se encontraba de viaje por América del Sur — permaneció por algunos días más de lo planificado en Chile, país donde conoció a un latifundista chileno que además de tener muchas ganas de comunicarse en alemán, necesitaba un tractor fabricado en Alemania. Poco después apareció un amigo del hacendado que también requería un tractor. Y así siguió sucediendo. Como resultado, ocurrió que en 1934 se creó oficialmente en Santiago la empresa de maquinaria agrícola Walter Schmid.

Al estallar la II Guerra Mundial y cuando a los alemanes en el extranjero se les prohibió ejercer actividades comerciales, la

familia Schmid adquirió un terreno de ocho hectáreas y comenzó a trabajar una granja avícola. Un resistente auto norteamericano fue convertido en camioneta de transporte en el que trasladaban huevos, uva y todo tipo de productos a Santiago donde poco a poco fue floreciendo un activo mercado negro. De esta forma, la familia Schmid pudo superar los años de la guerra hasta que en 1946 nuevamente fue posible importar maquinaria agrícola. Sin embargo, debido a que era impensable esperar grandes progresos técnicos desde Alemania y que además de la escasa producción, sus empresas tenían precios mucho mayores, Walter Schmid decidió importar maquinaria desde Estados Unidos. Hasta que en 1954 Hans-Dieter Schmid ingresó al negocio de su padre a la edad de 17 años. Él se concentró nuevamente en la importación de maquinaria de origen alemán, la cual se desarrolló rápidamente en la década de los años 50. Hans-Dieter viajó a Alemania donde permaneció entre 1959 y 1961 y no sólo conoció el país y su gente, sino también a Dagmar Fendt, quien decidió emigrar con él a Chile.

En el año 1971 la empresa agrícola Schmid e hijos estaba convertida en una de las más grandes de América del Sur. Las importaciones llegaban primero a Chile y desde allí eran trasladadas a Argentina, Uruguay, Perú y Bolivia.

Pero, a partir de 1971 y debido a las restricciones impuestas por el Estado se hizo casi imposible importar máquinas agrícolas desde Alemania a Chile, entonces la familia Schmid decidió emigrar a Alemania, se asentaron nuevamente en Schweinfurt y comenzaron otra vez desde cero...

Thomas recordó a María Pilar, pero sobre todo a Ida Heidingsfelder, a quien lamentablemente tuvo poco tiempo para conocer. En 1970, cuando sucedió el asunto con *Schmid e hijos*, Ida tenía casi la misma edad que él ahora. Norbert Heymann, el judío alemán que emigró a Chile y a quien conoció en aquella época en Puerto

Varas también estaba a poco de cumplir los 60 años. ¡Qué rápido pasa el tiempo — aun cuando aparentemente aquello ocurrió hace tantos años! Y entonces el tiempo te atrapa de nuevo. ¿Qué tenía que hacer Jean con *Schmid e hijos* o con *Schmid & Rüders*? ¿Era todo esto una mera casualidad?

Tocaron a la puerta y Karin, su asistente, se asomó a la oficina:

— Thomas, no olvides la cita que tienes en el tribunal en el asunto de Benjamin Fröhlich. —

— ¡Sí, sí, ya estoy en camino! —

A las 14 horas Thomas se despidió de Benjamin Fröhlich delante del edificio del tribunal en la Ottostrasse.

— Muchísimas gracias, señor Schöngest. —

— No hay nada que agradecer, señor Fröhlich, en verdad el asunto ya estaba claro, pero usted ya sabe ... ante el tribunal siempre se está en las manos de Dios. —

Thomas Schöngest odiaba ese tipo de formalidades, pero debía reconocer que hacían más fácil la vida y también la conversación con un cliente en el que no confiaba mucho. Tan inocente como aparentaba ser ese Fröhlich seguro que no era.

Schöngest se fue caminando por la Neubaustrasse hacia abajo y seguía sorprendido de la casualidad de que hoy, después de treinta años se viera confrontado otra vez con su episodio chileno. Comenzó a considerar la idea de viajar a Chile como un buen presagio. Buscó una mesa libre, se sentó en el “Unicafé” y se puso a observar el edificio de la Superintendencia de la Policía y no pudo evitar de pensar en el verano de 1986 y en María Pilar. Hacía muchos años que había perdido el contacto. ¿Sería apropiado intentar buscarla y encontrarse con ella? Tal vez ... pero mejor que no.

A Thomas le entusiasmó mucho más la idea de pasear bajo los frondosos árboles de la Avenida Pedro de Valdivia, que de vez en

cuando permitían una mirada hacia las cumbres nevadas de la cordillera. Se imaginaba bebiendo una cerveza *Austral* de Punta Arenas en la terraza del Café situado al lado del cine. ¿Existirá el cine aún? Observar desde allí la ajetreada vida de la pujante capital en la ruidosa Avenida Bilbao y percibir sobre la piel el calor del sol y sentirse lejos, muy lejos de la, a veces, estrecha mirada europea. Pero, también recordó que, por ese entonces, tuvo la sensación de que los chilenos eran bastante aburguesados, aun cuando con él fueron siempre muy amables y simpáticos. Se sintió acogido en Santiago. Sentado ante a una cerveza en el café frente a la Plaza Pedro de Valdivia y disfrutando de las montañas arboladas durante el atardecer, no experimentó nada de las lóbregas sombras de la dictadura con su toque de queda y todo tipo de tropelías. Más bien, percibió libertad. Le gustaría viajar otra vez a ese país. A pesar de todo lo que sucedió en esa oportunidad. O quizás precisamente por ello.

María Pilar

1986 Würzburg

3

En aquella época, muchos compañeros usaban pantalones con peto. Lamentablemente, también los llevaban las chicas.

O ellas vestían esos vestidos de lino, anchos y sueltos, un tipo de look indio, que apenas insinuaba la figura. Una lástima, en verdad. *La moda del saco* solía decir mi amigo Gerhard. Durante aquel verano perdimos la Copa Mundial de Fútbol jugando contra Argentina. Al decir *perdimos* me refiero a Alemania.

En el invierno anterior, poco antes del atentado que le costó la vida al primer ministro sueco Olof Palme, participé en un curso de esquí alpino en la Asociación Alemana de Alpinismo. En mis esquíes había pegado un adhesivo con la leyenda: — ¡Energía atómica - no gracias! — En mi grupo había un físico que trabajaba en una central nuclear. De todas maneras, en el momento en que estuvimos a 3000 metros de altura y unidos todos por una cuerda, el asunto de la energía atómica no tuvo importancia alguna.

Una hermosa y ascendente ladera suave al comienzo, pero cada vez más empinada hasta llegar a la cumbre, una capa de nieve absolutamente virgen, iluminada por un sol brillante bajo un cielo despejado. Más paz e inocencia más pura no podía existir. Rasgar con los esquíes aquella incólume capa de nieve en un afán irreflexivo, era un verdadero sacrilegio. Somos cinco, me abro paso hacia adelante, quiero ser el primero en despojar de su virginidad a la pendiente. Nuestro guía no lo permite, debemos amarrarnos e ir en fila india, uno detrás del otro y no asaltar la cumbre de modo arrebatado. Yo protesto en voz alta, pero no me hacen caso. Durante algunos minutos vamos todos tutelados. De pronto, me hundo suavemente, mi cabeza apenas asoma sobre la nieve. Grito. Los demás piensan que aún bromeo

sobre la discusión anterior. Me siento atrapado en medio de la grieta de un glaciar, aunque sostenido sin dificultad por la cuerda que nos une y nos sujeta a todos.

Poco tiempo después sucedió lo inconcebible para el físico, mi compañero de cuerda. En la Central Nuclear de Tschernobyl ocurrió el peor accidente conocido en toda la historia de la energía nuclear. La explosión de un reactor provocó la inmediata y descontrolada reacción atómica en cadena.

La radioactividad desprendida no llegaría nunca a Chile situado al otro lado del mundo a 14000 kilómetros de distancia. Un país largo y angosto con 4000 kilómetros de costa junto al Océano Pacífico. Por ese entonces yo no sabía mucho más sobre ese país. En realidad, apenas sabía algo más sobre María Pilar, aunque un par de semanas después de habernos conocido me permitió besarle los senos. Más o menos en esa misma época, en Chile se produjeron las primeras protestas masivas contra la dictadura militar durante las cuales murieron diez personas en Santiago, la capital del país.

En todo caso, de esto me enteré recién unos días después en el casino de la universidad por boca de mi amigo Gerhard.

— ¿Quién era la bella lola que te acompañaba anteayer en el la piscina? —

— ¡Una chilena! —

— ¿Una nueva? —

Me encogí de hombros sin mucha convicción, lo que dio pie a Gerhard para empezar a echar pestes contra la dictadura militar en Chile y sobre la traición al pueblo chileno, cuyo presidente elegido democráticamente fue alevosamente asesinado durante el golpe militar de 1973. Gerhard se refería a Salvador Allende como si hubiese sido un santo. Más bien dicho como el sustituto de un santo, puesto que obviamente Gerhard como izquierdista confeso no profesaba ninguna religión. Mientras más se enfurecía Gerhard, más ganas me daban a mí que terminara luego la conversación.

Gerhard era, por lo general, un tipo simpático y yo lo consideraba un buen amigo, pero a veces explotaba en esos arrebatos del tipo dialéctico-intelectual y cuando eso sucedía, escucharlo era insoportable. En todo caso, a través de su perorata me di cuenta de lo poco que yo conocía, o me interesaba conocer, sobre Chile.

En verdad, lo único que me interesaba era saber lo que María Pilar sentía por mí y cuándo llegaría el momento en que me permitiera ir más allá de sólo besarle los senos. En el fondo eso era en lo que realmente tenía interés y la cháchara de Gerhard sobre la dialéctica del proletariado no me podía ayudar en aquello. De todas maneras, ese tipo de elucubraciones románticas no calzaba para nada en la visión materialista del mundo que sustentaba Gerhard, aun cuando hubiera preferido una moda que destacara más la figura de las mujeres. Al final, decidí fingir una cita importante y me despedí de él.

—¿Quieres ir a visitarme en octubre? Es la época de la primavera en Santiago, la cordillera resplandece, los jacarandas florecen y sus flores color violeta relucen en las calles. Es muy bonito mi país — dijo María Pilar.

Mientras ella hablaba de invitarme a Chile mi cabeza yacía sobre su regazo y en esas circunstancias ni siquiera cabía plantearse dudas sobre el viaje. Para mí sería la mayor aventura de mi vida. Hasta entonces sólo había volado una vez en avión y ¿ahora se me ofrecía la oportunidad de emprender un viaje de esa envergadura?

Pocos días después de su invitación leí en “Die Zeit” un artículo de Norbert Blüm sobre su viaje a Chile. “¡Mmm, Norbert Blüm, el que mintió en el asunto de las pensiones!”, pensé. De todas maneras, leí el artículo que traía como subtítulo “Escenas desde un Estado torturador” y me confirmó el concepto que Gerhard tenía sobre un país que carecía del estado de derecho.

De todas maneras, emprendí el viaje a Chile y por lo que pude observar, todo era totalmente diferente a como lo había imaginado.

Mucho antes de que María Pilar me planteara la idea de visitarla en Chile, más o menos un mes después que nos conociéramos, me preguntó si la acompañaría a Ochsenfurt. En ese momento nos encontrábamos tendidos al sol en el césped de Dallenbergbad.

— ¿Qué quieres hacer en Ochsenfurt? —

— Mi abuelo me pidió que llamara a una amiga de él y en lo posible que la fuera a visitar. Su nombre es Ida Heidingsfelder. —

— ¿Y por qué tu abuelo tiene una persona conocida en Ochsenfurt? —

— Mi abuelo nació en Ochsenfurt. Su madre era judía, se llamaba María Mandelbaum. Ella se casó con mi bisabuelo Jakob Heymann. La familia de mi abuelo logró emigrar a Chile poco antes de la guerra. —

— ¡Esto sí que es interesante! ¿Y por qué no me lo habías contado? — Me puse curioso, cogí su mano y no se la solté más, me acerqué a ella y le pedí que me siguiera contando más sobre el tema.

— No es mucho más lo que sé. Sólo que el abuelo de mi abuelo, llamado Nathan Heymann era propietario de una importante empresa ganadera, la que después continuó mi bisabuelo Jakob y posteriormente estuvo a cargo de mi abuelo, Norbert Heymann. Al parecer, el negocio no pudo seguir prosperando en Ochsenfurt, pero en Chile les fue mucho mejor. —

— Entonces quiere decir que tú eres judía. — Yo estaba sorprendido.

— Y, ¿eso te molesta? —

— No, por el contrario. ¡Me molestaría si a las chilenas judías no les estuviera permitido besar a alemanes católicos! —

— Le conté a mi madre que tengo una polola chilena. Ahora le tendré que contar que tengo una polola judía. —

— ¡Pareces tener un problema con eso! —

— No, ya te dije que no tengo problema. —

— En Chile ese tema no tiene la importancia que tiene aquí en Alemania. —

— ¿Pero, si es así entonces tú también serías alemana? —

— No, yo soy chilena pura — dijo María Pilar con orgullo. — Mi abuelo Norbert Heymann se casó con una chilena, Carla Fuentes. Mi madre, Pilar, es mitad alemana y ella se casó con mi padre, Carlos Piñeda, un chileno cuya abuela era alemana. Entonces, ahora calcula cuánto tengo yo de alemana. —

En Ochsenfurt nos encontramos con una casa pareada, en una calle sin árboles y desamparadamente expuesta al deslumbrante sol de la tarde. Tocamos varias veces en un vetusto timbre, pero no pasó nada. No se escuchaba ningún ruido desde el interior de la casa. Pensamos que de pronto aparecería en la puerta una veterana con problemas de audición y con dificultades para caminar. Decidimos hacernos de paciencia. Nos miramos, nos encogimos de hombros y volvimos a tocar el timbre, esta vez en forma insistente.

— ¡Ya voy! — se escuchó decir una voz desde adentro y de pronto se abrió la puerta. Al resplandeciente contraluz de la tarde apareció una vigorosa mujer de melena blanca y que no se veía nada de vieja. Tenía el tipo de Barbara Rütting.

— ¡No tan apurados! Ya estoy aquí. Tenía que sacar el kuchen del horno antes que se quemara. ¡Pasen! ¡Adelante! —

En el ambiente se olía un exquisito aroma a kuchen recién horneado.

— ¡Vengan, vamos a sentarnos en el jardín! —

El contraste era impresionante. Tras la fachada gris y anticuada de la casa se escondía un exuberante y florido paraíso. No era

demasiado grande, pero se veía imponente gracias a la diversa y colorida vegetación. Al centro del patio, justo debajo de un cerezo cargado de frutos rojos, había una pequeña mesa y varias sillas plegables.

— ¿Quieren tomar café o algo frío? —

Hasta ese momento no habíamos dicho más que *hola* y *buenas tardes* y ni siquiera nos habíamos presentado. En realidad, tampoco fue necesario.

— ¡Así que tú eres la María Pilar! ¿Y quién es él? — dijo la dama indicando hacia mí — ¿Es tu pololo? — añadió. Yo comenzaba a sentirme bien en el acogedor ambiente veraniego, pero de pronto me afligí. No estaba seguro de la reacción de María Pilar. ¿Cuál sería su respuesta a la pregunta de si yo era su pololo?

— Él es Thomas, Thomas Schöngest, un compañero de la universidad. — Su voz sonó indiferente.

El kuchen estaba exquisito.

— Con tu abuelo fuimos compañeros de escuela. Éramos cuarenta niños, las chicas nos sentábamos a la derecha y los chicos a la izquierda. Tu abuelo y yo hacíamos el mismo camino. Nuestra casa era la penúltima de la calle y la última la de él. Más atrás venían los establos y los potreros, así es que al principio teníamos que caminar obligadamente juntos los últimos doscientos metros. Después, a partir del 6^a año ese paseo me fue gustando cada vez más. Poco antes de llegar a nuestras casas debíamos atravesar un pequeño arroyo. Mientras más crecíamos más nos gustaba quedarnos sentados a la orilla observando cómo corría el agua en el riachuelo. En la primavera el arroyo crecía y a veces hasta se podía divisar algún pez. Norbert se hizo una caña de pescar que siempre dejaba escondida detrás de unos arbustos. Cuando pasábamos por allí sacaba la caña de su escondite y nos sentábamos al borde del arroyo a esperar que algún pez picara el cebo. Pienso que Norbert, tu abuelo, nunca

pescó nada, en todo caso mientras yo estuve a su lado. Durante esos ratos casi no hablábamos, sin embargo, tengo esas escenas muy frescas en mi memoria. No he olvidado la imagen de Norbert durante esas horas que pasábamos junto al agua. Él era un chico grande y rubio. A mí me parecía como el hermano mayor que no tenía, bueno, pero después se transformó en algo más. Tal vez, eso sea sólo parte de mi imaginación. ¡Pero qué tonterías estoy hablando! ¿Qué les puede interesar a ustedes algo que sucedió después de la Primera Guerra Mundial?

Sin embargo, doña Ida continuó hablando. Estábamos los tres sentados a la sombra del cerezo, en mitad del verano de 1986. El aire se sentía caliente y los insectos zumbaban alrededor. Yo me sentía adormilado, pero María Pilar tenía curiosidad por conocer más detalles de la vida del abuelo en su juventud.

— Hace años que no veo a Norbert, es decir a tu abuelo. Por lo menos hace unos diez años. —

¡Eso significaba el año 1976! Levanté sorprendido la vista de mi plato y miré a Ida Heidingsfelder. Afortunadamente, ella interpretó mi mirada de otra manera.

— ¿Otro pedazo de kuchen? ¿Le gusta? —

— Con mucho gusto — asentí. El kuchen de cerezas recién horneado estaba realmente extraordinario e Ida Heidingsfelder me sirvió varios pedazos más mientras continuaba contando sus historias. Me comí en total cuatro trozos, Ida Heidingsfelder seguía sirviendo entusiasmada, pero yo empecé a sentir dolor de estómago.

— Norbert se fue a Würzburg en 1927 a estudiar en el instituto comercial. Yo permanecí en la escuela y después me quedé como empleada en la empresa de los Heymann y allí aprendí taquimecanografía. Los Heymann tenían una gran empresa ganadera. Poco tiempo después que empecé a trabajar allí ocurrió la gran crisis financiera en Nueva York. El viejo Heymann corría

desesperado por la firma y se lamentaba preguntándose sobre el futuro de la empresa. Recuerdo muy bien esa situación, porque yo, a mi vez, me preguntaba qué tenía que ver la bolsa de Nueva York con el ganado en Ochsenfurt. Eso mismo repetía mi padre a cada rato riendo, pero se nos empezó a quitar la risa cuando poco después a él y a muchos otros, los despidieron de la fábrica azucarera.

Gracias a Dios los Heymann pudieron superar bien la crisis y yo mantuve mi puesto de trabajo. Pero no faltaron en la ciudad aquellos que los envidiaban. A mucha gente le empezó a ir realmente mal, había poco trabajo allí donde aún había. Se produjeron huelgas y muchos comenzaron a entusiasmarse con Hitler.

A mí me reprochaban de que yo trabajara para un judío explotador. Pero yo no quería irme de allí, porque, en primer lugar, ganaba mi dinero y ¿dónde más habría encontrado un puesto? Y, en segundo lugar, yo estaba contenta con mi trabajo.

Pero, a partir de 1937, después de las Olimpiadas, la situación contra los Heymann se puso más difícil. Hasta que una noche se incendiaron los establos. Apenas pudimos evitar que el fuego se extendiera hacia las otras construcciones. Los bomberos acudieron, pero se limitaron a vigilar que el incendio no se expandiera hacia los terrenos colindantes. Los bomberos no se preocuparon de la propiedad de los Heymann. Aquella misma noche un grupo de uniformados pertenecientes a las SS, la milicia paramilitar de seguridad de Hitler, le dio a Norbert una golpiza tan fuerte que tendría que haber acudido a un médico, pero en ese entonces no era tan sencillo para un judío encontrar a uno que estuviera dispuesto a atenderlo. Como secuela de ese ataque a Norbert le quedó una rodilla rígida. Eso fue terrible para él, porque era tan buen futbolista que incluso siendo judío no lo habían expulsado de la asociación de fútbol. Claro que lo hicieron poco después del incendio. —

— ¡Pero mi abuelo no tiene la rodilla rígida! — reaccionó María Pilar en un tono que sonó un poco rudo. —

— ¡En ese tiempo la tenía rígida, incluso aún cojeaba cuando él y su familia abandonaron Ochsenfurt en 1938! — respondió Ida a la afirmación de María Pilar.

— ¡Y todavía cojeaba cuando lo volví a ver en 1950! — añadió. María Pilar observó interrogante a Ida Heidingsfelder como exigiendo una explicación: —Él vino en junio de ese año a visitar la Feria Agrícola de Frankfurt. — manifestó Ida.

Tuve la impresión de que su rostro enrojecía.

— Por aquel entonces mi abuelo tenía 38 años — declaró María Pilar por alguna inexplicable razón.

— Sí y yo tenía 36. Tengo fotos de entonces — reafirmó la señora Heidingsfelder. — ¿Quieres verlas? — preguntó.

Y sin esperar una respuesta se levantó y se dirigió al interior de la casa. Poco después regresó con un álbum de fotos. Advirtió mi mirada y manifestó en tono tranquilizador:

— No se preocupen, no les mostraré todo el álbum. —



Ahí estaban Ida Heidingsfelder y Norbert Heymann en sus años mozos. Él de camisa blanca y corbata, ella en un primoroso vestido de verano.

El insistente zumbido de los insectos se escuchaba en el entorno, la sombra del cerezo se había desplazado y el sol me cegaba los ojos. En todo caso, el ambiente apacible del lugar no era desagradable. Me percaté que María Pilar buscaba las palabras y tal vez luchaba por controlarse.

Quise ir en su ayuda e hice la pregunta, bastante estúpida, de porqué Norbert Heymann había visitado Ochsenfurt en esa oportunidad. La respuesta obvia era que quería visitar nuevamente su ciudad

natal. Por otra parte, en toda esa situación también era evidente que, para él, que fue expulsado de su tierra, no era lo mismo y debía ser mucho más difícil que para alguien que hubiera estado ausente por largo tiempo, pero de modo voluntario.

Me asaltó la pregunta sobre el significado de la palabra *hogar*. ¿Se puede seguir considerando *hogar* un lugar del que te han desterrado? ¿Y además, por la misma gente que siente esa tierra también como su *hogar*? Visto de ese modo, el concepto *hogar* tiene un significado para unos y otro totalmente diferente para otros. Por cierto, el significado de “*hogar* en el primer sentido para Norbert Heymann ya no existía.

De acuerdo a eso, y tal como opina Christian Morgenstern, *hogar* no es el lugar donde se reside, sino donde uno se siente comprendido y acogido. Es un asunto que no deja de ser complejo.

Norbert Heymann no tiene su residencia en Ochsenfurt y tampoco es comprendido allí. Pero entonces, ¿qué significaba Ochsenfurt para él? ¿A qué lugar regresó Norbert Heymann cuando visitó a Ida Heidingsfelder en 1950 doce años después de su alejamiento?

Gracias a Dios, Ida Heidingsfelder siguió hablando antes de que yo continuara enredándome en mis reflexiones.

— ¡En esa oportunidad, Norbert quería averiguar sobre Ludwig Brauer! —

— ¿Quién es Ludwig Brauer? — preguntó María Pilar que desde hacía un rato permanecía en silencio y observaba la foto de su abuelo junto a Ida Heidingsfelder con un ceño entre sorprendido y receloso instalado entre las cejas.

— Ludwig Brauer era el jefe de la tropa de asalto que le dio la golpiza a Norbert y que, suponemos, provocó el incendio de los establos de la familia Heymann. —

— ¿Por qué se refiere a él en pasado? — pregunté.

— Brauer falleció en 1970 — contestó la señora Ida.

— ¿Aquí en Ochsenfurt? — insistí.

— No, ¡en Chile! — respondió.

— ¿En Chile? — replicó sorprendida María Pilar. — ¿Dónde en Chile? ¿Cómo sabe usted de eso? ¿Se lo contó mi abuelo? ¿Cómo lo supo mi abuelo? ¿Desde cuándo lo sabe usted? ¿Él la visita a usted con frecuencia? —

De repente, María Pilar se puso muy nerviosa, las preguntas a nuestra anfitriona brotaron de su boca en un tono de reproche.

La señora Ida ignoró el tono y a cambio extrajo el recorte de un diario que estaba entre las hojas del álbum.

— Tu abuelo me trajo este artículo del Cóndor fechado en octubre de 1970. —

— ¿Qué es el Cóndor? — pregunté con curiosidad.

— Un periódico chileno-alemán que se publica en Santiago — contestó María Pilar.

— ¿Me permite leer? — preguntó a continuación. Ida Heidingsfelder le alcanzó el artículo:

Un trágico fin fue el que tuvo la exposición de la Agrotécnica en La Unión. Durante la celebración de cierre organizada por la firma de maquinaria agrícola "Schmid e hijos" fue asesinado uno de sus colaboradores. Se sindicó como presunto responsable a un grupo de izquierda que quiso celebrar de ese modo el triunfo de la Unidad Popular.

Luego que en la noche del viernes al sábado se diera a conocer por la radio que el conglomerado de la Unidad Popular obtuviera el triunfo por el estrecho margen de 34 000 votos en las elecciones presidenciales bajo el liderazgo de su candidato presidencial, Salvador Allende, se produjeron diversos desmanes a lo largo del país.

La ciudad de La Unión, donde se llevaba a cabo el cierre de la feria agrícola más grande de Chile, no se libró de las tropelías y como consecuencia de ellos un hombre murió de manera trágica.

La empresa Schmid e hijos, una de las firmas más importantes de Chile en el área de la maquinaria agrícola había invitado el 4 de septiembre, el último día de la Feria Agrotécnica, a un banquete de celebración. Entre los invitados en un número aproximado a los cincuenta se encontraban muchos extranjeros, entre ellos también algunos socios alemanes.

Poco después de la medianoche el restaurante, ubicado en el centro de la ciudad, fue asaltado por un grupo de encapuchados que ingresaron profiriendo gritos en los que señalaban lemas como "¡Abajo el capitalismo explotador! Y "¡Libertad para Chile!". De pronto, se produjo una riña, se escucharon disparos y como consecuencia hubo numerosos heridos y un muerto. Se trata de Luis Gottschlich-Bauer, el jefe de la sucursal de la empresa de maquinaria agrícola Schmid e hijos en Puerto Montt.

Poco después la Brigada Obrero-Campesina (BOC), una agrupación presumiblemente de extrema izquierda, se atribuyó el atentado al restaurant. Los hechos fueron detenidos al día siguiente por una unidad especial de la policía.

El arma del crimen aún no ha sido encontrada y tampoco se ha podido identificar al hechor.

Lamentablemente, así se confirman los peores temores de los grupos moderados que temen venir tiempos agitados en Chile como consecuencia del triunfo electoral de la Unidad Popular.

— ¿Quién era ese Luis Gottschlich-Bauer? — preguntó María Pilar.

— ¡Ese Luis Gottschlich-Bauer, así se hacía nombrar en Chile, era en realidad Ludwig Brauer! — contestó la señora Heidingsfelder con rabia.

— ¿Y quién fue Ludwig Brauer? — pregunté yo repitiendo la pregunta de María Pilar.

— Ludwig tenía la misma edad que Norbert, pero iba un curso inferior al de él y uno superior al mío. Era de origen muy humilde

de una familia con diez hijos. En verdad, todo era muy complejo ahí, hasta ahora no me explico de qué vivía esa gente. Ludwig siempre andaba metido en peleas. Él fue uno de los primeros que ingresó a la juventud hitleriana y rápidamente se transformó en algo así como el líder de la pandilla. Sin embargo, no sólo se dedicaban a hacer tonterías, el grupo también colaboró en los trabajos de cosecha o cuando se produjo la inundación en una ocasión en que el río Main se salió de cauce. No recuerdo en qué año sucedió aquello. —

—¿Pero esos son los mismos que incendiaron la propiedad de los Heymann? — inquirí yo.

— Aquello nunca se pudo comprobar. A poco andar los integrantes de la juventud hitleriana se convirtieron en miembros de la SS, es decir en matones, pero con reputación social. ¿Quién podría haber tenido interés entonces en investigar si fueron los miembros de la SS quienes incendiaron los establos de un judío acaudalado? Aunque Norbert tuvo la certeza de que fueron ellos, porque cuando su padre descubrió el fuego y dio la alarma para movilizar a todos los empleados para que acudieran a apagar el incendio, divisó a algunos de los miembros de la antigua pandilla de Ludwig que estaban ahí y se quedaron impávidos observando la extinción del fuego. Luego que Norbert terminó con los trabajos más urgentes se acercó al grupo y los increpó y fue ahí cuando le dieron la golpiza que lo dejó malherido. Norbert recordaba exactamente que cuando él ya se encontraba en el suelo Ludwig saltó con las pesadas botas varias veces sobre su rodilla. Siempre dijo que jamás olvidaría ese momento y tampoco el rostro de Ludwig. —

— ¿Cómo sabe todo eso con tanto detalle? — intervino otra vez María Pilar. Su voz se escuchaba desconfiada y el tono seguía siendo de reproche. Algo de todo el cuento o de los recuerdos de Ida Heidingsfelder no le calzaba. Y yo me sorprendí que la anciana

también percibiera la particular reacción de María Pilar y decidió enfrentarla.

— Pienso que nunca conoceremos todo lo que sucede con una persona, aun cuando se trate de los parientes más próximos. Siempre quedan algunos resquicios que permanecen ocultos, sobre todo allí donde jamás se podría suponer. Incluso de mi propia hija yo no me he enterado de todo lo que ha vivido. ¿Es que acaso no es normal que sea así? ¿Qué opina usted Thomas? ¿Usted les cuenta a sus padres todo lo que hace? —

Hasta ese momento Ida nos había tuteado, pero María Pilar, por alguna razón, tal vez porque Ida era mucho mayor o quizás porque no la conocía, la trataba de usted, lo que aparentemente llevó a que ahora ella también nos tratara de usted, aunque no por ello se creara un distanciamiento.

— Por supuesto que no — confirmé yo.

— Así sucede también con los propios padres. Lo que ellos piensan, todo lo que han hecho en su vida, lo conozco sólo en parte, la otra parte sólo la puedo adivinar. Y ahora plantéese la pregunta ¿Por qué hay cosas en su familia que nunca se han contado?, por ejemplo ¿por qué se conoce tan poco sobre la emigración?, ¡y para qué decir sobre la vida que tuvieron sus antepasados aquí! ¿Por qué su abuelo nunca le ha contado lo cruel que fueron con ellos algunas personas de esta ciudad? —

— Sí, usted tiene razón, me sorprende mucho que mi abuelo haya hablado con usted de todo esto. Yo no recuerdo que él alguna vez hubiera contado algo sobre su vida en Ochsenfurt. —

— ¿Dónde aprendiste a hablar tan bien alemán? — le pregunté a María Pilar para desviar un poco la conversación de la tensión que empezaba a surgir.

— Asistí al Colegio Alemán. Allí aprendí alemán desde el Kindergarten. Mi madre, la hija de Norbert Heymann también fue al mismo colegio. Ella habla muy bien alemán y siempre nos

animó a hablar el idioma. Mi padre, con sus raíces españolas y alemanas siempre apoyó la idea porque, según él, hablar otro idioma mejoraría nuestras perspectivas profesionales. —

— Usted habla muy bien alemán María Pilar. ¡Felicitaciones! Yo intenté aprender español, pero no llegué muy lejos. Admiro a las personas que se pueden comunicar más allá de las fronteras lingüísticas. Así se hace un aporte al entendimiento entre los pueblos. Para mí esto es una condición importante para que nunca más se llegue a una guerra. —

Ida Heidingsfelder hizo una pausa y se quedó mirando con la vista perdida en sus pensamientos. Entretanto, la sombra del árbol se había corrido tanto que yo estaba sentado a pleno sol y había comenzado a transpirar. Ida preguntó de pronto:

— ¿Qué le parece Alemania María Pilar? —

— Muy bien. Me siento muy bien aquí. —

— ¿Aquí conoció a Thomas también? — añadió la señora Heidingsfelder.

La pregunta de la anciana sonó más bien como una afirmación.

— Sí. Esa es también una de las razones por las que me gusta Alemania. La mayoría de la gente es amable y cordial conmigo. Es fácil tomar contacto con otras personas, lo que también tiene que ver mucho con mis estudios. Y Würzburg es una ciudad maravillosa. —

— ¿Qué estudia usted? —

— Psicología —

— Eso sí que es interesante. Entonces seguro que usted ya me habrá analizado — comentó doña Ida.

— ¡Ah, la mayoría de la gente tiene una falsa impresión de lo que hace un psicólogo y de lo que se estudia en Psicología! — dijo María Pilar buscando una explicación que yo ya le había escuchado a ella o a otros de sus compañeros.

— Nosotros no estudiamos los trucos para introducirse en la mente de los seres humanos y tampoco aprendemos a leer el

pensamiento. La psicología es un área de la ciencia que intenta describir y explicar la conducta de las personas. —

Ida Heidingsfelder cambió de súbito de tema y le preguntó a María Pilar sobre su abuelo.

— Y Norbert ¿cómo está? —

Me percaté que María Pilar se sintió otra vez incómoda. Volvió el recelo que se había disipado en algo mientras describía su estudio. No se me ocurrió nada para ayudarla. Contestó en un tono demasiado lacónico:

— Lo visité cuatro semanas antes de mi viaje a Alemania. Estaba bastante bien. Le manda muchos saludos. Y bueno, ahora tenemos que irnos. El tiempo ha pasado volando y yo tengo una cita. —

Yo no estaba enterado de aquella cita. Ida Heidingsfelder se despidió amablemente de nosotros.

— Me alegraría mucho que nos volviéramos a encontrar antes que usted regrese a Santiago en el verano — dijo por último la anciana.

En el AKW, el Centro de Cultura Alternativo, ubicado en la Martin-Luther-Strasse, se llevó a cabo la fiesta del vino, tal como ocurre el primer sábado de agosto de cada año.

Como de costumbre, por allí deambulaba una variada multitud: pacifistas, medioambientalistas, opositores del AKW, objetores de conciencia e izquierdistas dogmáticos que a veces eran demasiado extremos incluso para el mismo Gerhard. Pero allí también se encontraban muchos tipos que simplemente eran buena onda. En el AKW siempre había cerveza, pero para Gerhard, para mí y para los amigos que no salían huyendo de Würzburg de inmediato al terminar el semestre, la fiesta del vino era una buena oportunidad para celebrar el inicio de las vacaciones. Sobre todo, que después de un par de días de lluvia el tiempo prometía una tibia tarde de verano.

En el stand de los quesos ya se había formado una pequeña cola, pero igual me paré allí, más que nada por obedecer a mis tripas que comenzaban a protestar.

— ¡Thomas, ¡qué bueno verlo! —

Me di vuelta y me encontré con la blanca cabellera de Ida Heidingsfelder.

— ¡Qué sorpresa encontrarla por aquí! — En verdad, lo que menos esperaba era toparme con la dama de Ochsenfurt.

— ¿Por qué no? ¡Es muy simpático todo esto! —

Estaba tan sorprendido que no supe bien qué decir, aunque tampoco fue necesario, pues la señora Heidingsfelder se tomó la palabra, tal como un par de semanas atrás.

— En verdad, fue mi hija la que me trajo para acá. ¿Y dónde está su encantadora amiga? —

— María Pilar regresó ayer a Santiago. Terminó nuestro semestre. —

— ¡Ah! ¿Entonces, usted anda solo ahora? —

— No, estoy con unos amigos — dije indicando en dirección hacia nuestra mesa.

— ¿Entonces, quizás tienen un par de asientos libres? — preguntó doña Ida.

En realidad, asientos libres teníamos, pero yo no estaba muy seguro de la reacción que tendrían mis amigos ante la nueva compañía y miré a Gerhard en busca de ayuda, pero él estaba justo sirviendo el vino. Ida Heidingsfelder se percató de mi mirada y dijo de inmediato: — No se preocupe. Si nos da la impresión de estar molestando, nos vamos. Simplemente, me alegra de volver a verlo y me gustaría mucho presentarle a mi hija Hilde. Ella está en aquel stand mirando la bisutería. —

Luego de una breve pausa continuó hablando. — Y para cooperar yo llevo el queso. ¡A mí no me importa hacer la cola! —

Al parecer, doña Ida podía leer la mente.

Al poco rato, Ida Heidingsfelder se había convertido en el centro de atención de nuestra mesa. Fue imposible detener su locuacidad, aunque no por ello era aburrida o latosa. Nos relató su experiencia durante el bombardeo de Würzburg en marzo de 1945:

— ¡Eso fue poco antes del fin de la guerra! Era un día esplendoroso, un viernes. El aire ya auguraba la primavera y parecía que finalmente el invierno culminaba en Würzburg. No se divisaba ni una nube, aunque de ese hermoso cielo no pude disfrutar durante el día, ya que en ese entonces yo prestaba servicio en un lazareto. De todas maneras, me disponía a disfrutar del sábado, mi día libre. Por fin podría descansar, luego de diez días consecutivos con más de doce horas de trabajo. El buen tiempo me dio ánimo. A las seis de la tarde monté en mi bicicleta para dirigirme a Ochsenfurt. Hacía diez días que no veía a mi madre. Poco antes de llegar a Randersacker, alrededor de las siete, escuché el primer

aviso de alarma y me alegré de estar lejos, aunque igual sentí algo de temor. En medio del camino estaba expuesta a cualquier bomba. Poco rato después, cuando ya me encontraba a la altura de Sommerhausen, escuché la alarma previa. El infierno se desató cuando yo ya me encontraba en casa, en Ochsenfurt. Recién al día siguiente me percaté de la suerte que tuve. —

Mis amigos estaban encantados con la anciana. Hilde, su hija, una treintañera rubia y atractiva, era, al contrario de su madre, una mujer muy tranquila y silenciosa y yo tuve la sensación de que algo la agobiaba. Tal vez, fuera ese el motivo por el que Ida Heidingsfelder buscó compañía. ¿Quizás para brindarle un poco de distracción a su hija? Luego de una hora, ambas se despidieron y la señora Heidingsfelder me preguntó si yo no tendría ganas de pasar por su casa a comer otro pedazo de kuchen.

Así, al día siguiente me encontraba nuevamente en Ochsenfurt sentado bajo el cerezo de la casa de doña Ida que, aunque ya no tenía cerezas, disfruté de un kuchen de grosellas — ¡Recién cosechados del jardín! —

Ida Heidingsfelder hacía muy buen kuchen y pensé que nuevamente tendría dolor de estómago. Pero, el apetito nunca me falta. Al contrario de la vez anterior en esta ocasión fui en bicicleta, porque el día estaba mucho más caluroso que semanas atrás.

— Hilde se fue hoy al mediodía. Ella trabaja en Frankfurt como editora en una editorial. Su área de trabajo principal es la literatura latinoamericana. —

A continuación, comenzó a interrogarme: qué estudio, cuándo terminaré mi carrera y si viajaría a Chile a visitar a María Pilar.

— ¡Sí, viajo a fines de septiembre y regreso a comienzos de noviembre! —

— ¡Chile es un bello país! —

— ¿Usted ha estado en Chile? —

— ¡Sí, sí, varias veces! — añadió.

Apenas pude ocultar mi sorpresa, pero no dije nada. Entretanto, había ido conociendo el carácter de Ida Heidingsfelder y sabía que en cualquier momento ella comenzaría a relatar su experiencia. Estaba convencido de que me había invitado justamente para continuar la conversación de la vez anterior, puesto que no terminó de contar la historia debido a la abrupta despedida de María Pilar.

— ¡El kuchen está exquisito! —

— ¿Sí? ¡Qué bueno! Y usted se lo puede permitir. ¿Hace mucho deporte? — preguntó ella.

— Sí, me gusta correr. —

— ¿Dónde quedamos con la conversación la última vez?, ¿en el momento en que algo le incomodó a su amiga? — inquirió.

— Usted nos mostró una foto suya con el abuelo de María Pilar. —

— Sí, es verdad. Eso irritó a María Pilar. ¿Quiere otro café? —

Negué con la cabeza y añadí — ¡No, gracias! —

— ¿O quizás algo frío?, ¿una cerveza, o agua? —

Miré mi reloj. Ya eran las cinco. — ¡Me gustaría una cerveza! —

Doña Ida entró a la casa y regresó con una botella de Öchsner, un vaso y el álbum de fotos.

— ¿Se puede servir usted mismo, por favor? —

Doña Ida no esperó una respuesta a una orden disfrazada de pregunta, pero en cambio abrió el álbum y sacó una foto.

— Este es Ludwig Brauer. —

— ¿El que saltó sobre la rodilla del abuelo de María Pilar? — pregunté.

La señora Heidingsfelder dejó la pregunta flotando en el aire o mejor dicho bajo la agradable sombra del cerezo.



— La primera vez que viajé a Chile fue en el verano de 1970. Fui con Hilde. Le regalé ese viaje como premio por su bachillerato. En esa época era invierno en Chile. —

— ¿Y dónde estuvo allá? —

— Volamos a Santiago y desde allí dimos una vuelta por el sur hasta la Patagonia. ¿Conoce Torres del Paine? Tiene que visitar esa zona, no se la puede perder. Una naturaleza maravillosa. Y luego estuvimos tres semanas en el Lago Llanquihue en Puerto Varas. ¡Precioso! —

— ¿Y cuál es la relación con Ludwig Brauer? —

Ida Heidingsfelder no dijo nada. Las sombras del cerezo se habían ido alargando y yo ya estaba sentado protegido del sol. El aire olía a verano y los pajarillos gorjeaban en el jardín. El calor de la tarde se había tornado en un agradable atardecer. Parecía que doña Ida estaba esperando esa pregunta, pero tardó en responder. — ¿Quiere otra cerveza? —

Me sentía cómodo en su jardín. Sentado bajo el cerezo me dispuse a escuchar una larga historia. — ¡Sí, con gusto! —

No es totalmente cierto cuando digo que yo invité a Hilde a Chile.

— Mejor dicho, ambas fuimos invitadas por Norbert, es decir, el señor Heymann. Hacía tiempo que él insistía en que lo fuera a visitar en su nuevo hogar, ojalá con Hilde, y que él estaría contento de llevarnos a conocer los lugares más bellos, decía. Pero bueno, la idea nunca resultó y yo más bien la consideraba una ilusión. El vuelo era caro y para un viaje de esa envergadura se necesitaba bastante tiempo. Hasta que en mayo de 1970 Norbert me envió un telegrama en el que me decía que debía viajar lo antes posible. Era urgente. Él nos invitaba. Posteriormente, recibí una carta —

Me mostró en su álbum el telegrama y la carta como si se hubiera sentido en la obligación de demostrar lo que había dicho. Luego continuó:

— Resumiendo, él abrigaba la sospecha de haber visto a Brauer. En realidad, no tenía ninguna duda, pero quería estar bien seguro. Brauer había cambiado bastante y el bigote que llevaba era lo de menos —.

— ¿Y usted debía viajar a Chile para identificar a Ludwig Brauer? —

Ida Heidingsfelder no dijo nada, sólo me miró con ojos grandes.

— ¿Cómo se hacía llamar en Chile? Gottfried Brauer o algo así? Usted lo mencionó cuando estuve aquí con María Pilar. —

Ella sacudió la cabeza y dijo en voz baja: — Sí, conté algo sobre él. Allá se llamaba Luis Gottschlich-Bauer. —

— Da lo mismo si Gottlieb o Gottschlich. ¿Y qué con eso? —

— ¿Qué quiere decir? — Su voz era cada vez más baja.

— ¿Qué con eso? Bueno, pienso, ¿qué podría haber sucedido si usted también lo reconocía como Ludwig Brauer? —